

6. Gana Posesión de la Tierra

Satanás, habiendo perdido su lugar en el cielo, pareció haberse inspirado con la determinación de causar todo el daño posible. El hombre había sido creado y puesto en posesión de la tierra: «Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.» (Gén. 1:26). «Los cielos son los cielos de Jehová; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres.» (Sal. 115:16). Dios hizo al hombre para poseer y gobernar la tierra. Era suya para ocuparla y disfrutarla. Él mismo fue hecho de la tierra; su destino estaba ligado al de la tierra. Satanás, como lo demuestran los resultados, tenía un plan tanto sobre el hombre como sobre su posesión.

¿Tuvo Satanás algo que ver con la caída del hombre?

Las Escrituras muestran claramente que sí. En Apoc. 12:9 el profeta habla de «la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero.» (Apoc. 12:9). Si él engaña al mundo entero, debe haber engañado a nuestros primeros padres. Juan dice: «El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio.» (1 Juan 3:8). En el versículo 12 dice que Caín «era de aquel maligno, y mató a su hermano.» (1 Juan 3:12). Entonces, aquel maligno estaba en el mundo en los días de Caín, y lo instigó a matar a su hermano. «Aquella serpiente antigua» que engaña al mundo entero, engañó a Eva. Le mintió y la hizo creer que le sería bueno comer del fruto que se les había mandado no comer. Dice Pablo: «la mujer, siendo engañada, incurrió en transgresión.» (1 Tim. 2:14). Ella no hizo esto voluntariamente, sino que fue engañada. «Entonces Jehová Dios dijo a la mujer: ¿Qué es lo que has hecho? Y dijo la mujer: La serpiente me engañó, y comí.» (Gén. 3:13). Argumentar que fue simplemente el reptil el que hizo todo esto es absurdo. Pero cuando entendemos que Satanás estaba allí con toda su astucia, y usó la serpiente como su medio para engañar a Eva, todo es racional y armonioso. Y esto muestra la veracidad del dicho de Jesús, que el diablo fue mentiroso desde el principio.

No debemos perder de vista el hecho de que Dios no otorgó al hombre un control ilimitado de la tierra. No renunció a su propio derecho y autoridad como propietario de la tierra, sino que constituyó al hombre como gobernante bajo sus direcciones. El hombre era la criatura, el siervo de Dios. Fue designado para someter la tierra y llevarla toda a la condición del huerto del Edén (Gén. 1:28; 2:8). Dios era su Benefactor, su Consejero, su Soberano. Coronó al hombre de gloria y de honra (Sal. 8:3-8), y le dio derecho al árbol de la vida (Gén. 2:9, 16, 17). Esto le fue dado para perpetuar su vida, para que pudiera vivir para siempre (Gén. 3:22, 23). Notemos lo que el hombre perdió por su transgresión:

1. **Perdió su vida.** «Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.» (Romanos 5:12). «Porque la paga del pecado es muerte.» (Romanos 6:23). La muerte vino como resultado del pecado. Si el hombre no hubiera pecado, habría vivido para siempre. «Y dijo Jehová Dios: [...] ahora, pues, que no alargue su mano, y tome también del árbol de la vida, y coma, y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén.» (Gén. 3:22, 23). La pérdida de la vida implica la pérdida de todo. Podemos perder muchas cosas en la vida, pero cuando nuestra vida se pierde, no tenemos nada más que perder. La vida es el mayor de todos los dones y bendiciones, porque todas las demás bendiciones están comprendidas en ella y dependen de ella. Al darle a Adán el árbol de la vida en el jardín en el que fue colocado, Dios proveyó para la perpetuación de su vida; él podría «comer y vivir para siempre.» Al pecar, perdió este privilegio.

2. **Perdió su dominio sobre la tierra.** Adán y su posteridad no retuvieron el dominio que le fue dado al principio. Al principio, toda bestia, y las aves, y los peces, estaban bajo su dominio. Después de la caída se volvieron salvajes, y en muchos casos se convirtieron en enemigos y destructores del hombre. Y el hombre se convirtió en enemigo de su prójimo. La discordia y la contienda parecieron entrar en los corazones de todas las criaturas. Todo cambió del orden original. Y el Señor puso una maldición sobre la tierra —sobre el dominio que le había dado al hombre. En lugar de flores y frutos agradables, espinas y cardos brotaron espontáneamente, para aumentar sus preocupaciones y dolores. ¿Por qué fue esto?

Para que podamos entender por qué se puso una maldición sobre la tierra, planteamos la pregunta: Cuando el hombre pecó, ¿el Señor Dios recuperó para sí el dominio que le había otorgado? Es cierto, como se dijo, que cuando el hombre pecó perdió todo, pero ¿retiró el Señor el dominio que le había dado? No leemos que lo haya hecho. De hecho, no creemos que lo hubiera puesto bajo una maldición si hubiera recuperado para sí todo el derecho con el que había investido al hombre al principio. ¿Cuál fue entonces la naturaleza exacta del cambio que tuvo lugar? Examinemos algunos hechos presentados en el Nuevo Testamento.

Hemos visto que el hombre, al principio, se apartó de su amable Creador, desobedeció Su mandamiento directo, creyó las falsedades de su enemigo, e hizo exactamente lo que Satanás quería que hiciera. La mujer fue engañada para desobedecer, y el hombre se unió a ella en la desobediencia. Ahora escuchemos el testimonio de las Escrituras: «¿No sabéis que a quien os sometéis como esclavos para obedecerle, de él sois esclavos a quien obedecéis?» (Romanos 6:16). Otra vez: «Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció.» (2 Pedro 2:19). Obedecieron a Satanás y se hicieron sus siervos; fueron vencidos por él, y por lo tanto fueron sus siervos esclavos. Él fue el medio por el cual perdieron sus vidas, porque él tenía el poder de la muerte (Hebreos 2:14). Cuando murieron, fueron al Seol, *la tierra del enemigo* (Jer. 31:15, 16; 1 Cor. 15:26). Y él fue seguramente el medio por el cual perdieron el dominio de la tierra, porque se perdió por el pecado. Es evidente que Satanás obtuvo dominio sobre el hombre y sobre la tierra; que el hombre, al convertirse en siervo esclavo de Satanás, dejó que su dominio pasara a manos de su nuevo amo. El Señor no destruyó a Satanás de inmediato por su pecado, ni ejecutó de inmediato la sentencia de muerte sobre el hombre, ni recuperó del usurpador el dominio que le fue dado a Adán, del cual había sido defraudado, sino que puso una maldición sobre él y reservó más cambios hasta después de que el juicio pase sobre todas las ofensas —hasta que la simiente de la mujer hiera la cabeza de la serpiente.

Aquí notaremos de nuevo algunos de los títulos que se aplican a Satanás. Se le llama «el dios de este siglo.» (2 Cor. 4:4). Jesús mismo lo llama «el príncipe de este mundo.» (Juan 14:30). Pablo, hablando de los enemigos con los que tenemos que

contender, dice: «Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo.» (Ef. 6:12).

¿Es cierto que Satanás es el dios, el príncipe, el gobernante de este mundo? Así lo enseñan con certeza las Escrituras. Y tenemos aún más testimonios sobre el mismo punto, y si es posible, más decisivos. Consideremos la tentación del Salvador. Su adversario es llamado el tentador y el diablo, pero Jesús se dirigió a él como Satanás. Diablo es un título, pero Satanás es un nombre propio. No fue un ser imaginario quien lo tentó, ni fueron meras impresiones o imaginaciones de su propia mente, o los impulsos de sus pasiones. Todas esas teorías y especulaciones no son más que las sugerencias del propio enemigo; para permitirle ocultar su persona y su carácter. Jesús, habiendo ayunado cuarenta días, tuvo hambre. El diablo le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan.» (Mat. 4:3). El tentador apeló a su apetito, agudizado por su largo ayuno, y lo desafió a probar que era el Hijo de Dios. Pero Jesús se negó a complacer su espíritu de refutación, dándonos un ejemplo, de que no debemos inclinarnos ante las sugerencias de Satanás, ya sea para satisfacer nuestras propias necesidades o para probar nuestro llamado de Dios. Nuestra relación con nuestro Padre Celestial debe ser llevada con humildad, sin dar lugar al orgullo espiritual. Jesús citó aquella Escritura que conduce a la dependencia de la palabra de Dios.

Pero Satanás no debía ser frustrado así; él también citó la Escritura. Pero en esto se nos da otra lección: no creer a todo el que cita las Escrituras. Satanás citó las Escrituras correctamente, pero las malinterpretó. El texto que citó no tiene referencia a tal ocasión. Al leer Salmos 91, cualquiera puede ver que se refiere al futuro tiempo de angustia, cuando las plagas de la ira de Dios serán derramadas sobre la tierra (véase Apocalipsis 16). Pero aquí Jesús lo encontró con una Escritura de aplicación universal, y aplicada especialmente en ese momento: «No tentarás al Señor tu Dios.» (Mat. 4:7). Una reprensión adecuada para el tentador estaba contenida en estas palabras.

De nuevo, el diablo lo llevó a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos de este mundo y la gloria de ellos. ¡Una vista magnífica, que siempre ha resultado

tan cautivadora para los hombres de este mundo! «Y le dijo el diablo: Todo este poder te daré, y la gloria de ellos; porque a mí me ha sido entregado, y a quien quiero lo doy. Si tú, postrado, me adoraes, todo será tuyo.» (Mat. 4:1-10; Lucas 4:1-13).

Ahora está escrito que «los mansos heredarán la tierra, y se deleitarán en la abundancia de paz.» (Sal. 37:11; Mat. 5:5). Pero nunca podrán deleitarse en la abundancia de paz en el estado pecaminoso actual del mundo. Jesús dijo: «En el mundo tendréis aflicción.» (Juan 16:33). Grandes cambios deben tener lugar antes de que Sal. 37:11 pueda cumplirse. Los justos serán recompensados en la tierra, pero no hasta que se elimine la maldición y se cumpla el designio del don original a Adán. La promesa de que sería el heredero del mundo fue hecha a Abraham y su simiente (Gén. 12:1-7, etc.; Romanos 4:13); y esa simiente era Cristo (Gál. 3:16); y el heredero ha de ser el Redentor tanto del hombre como de su herencia, según las Escrituras. Pero la redención solo podía ser realizada por el poder de su sangre; su vida fue el precio precioso que debía pagar para comprar al hombre de su esclavitud. Pero Satanás le presentó un método más fácil para obtener posesión del dominio. Le había sido entregado, y él lo daba a quien quería, y se lo daría a Jesús si este se postraba ante él.

Pero muchos responden: Satanás dijo una falsedad; no tenía nada que dar; nada le había sido encomendado; ni los reinos del mundo ni la gloria de ellos estaban en su poder. Pero si eso fuera así, el Salvador seguramente lo sabía. Y si sabía que el diablo no poseía nada —que no tenía poder para conferir ningún dominio ni gloria— entonces, ¿en qué fue tentado? Si Satanás los tenía para dar, si Jesús hubiera podido obtener el dominio de la tierra sin la terrible alternativa de morir, seguramente sería una tentación. Si él sabía que Satanás no tenía poder para cumplir su promesa, que sus palabras eran una vana jactancia, no podría haber ninguna tentación en el caso. Pero el registro sagrado lo establece como una tentación, y creemos que lo fue. A Adán le fue dado al principio; Satanás obtuvo supremacía sobre el hombre; tomó todo el título que Adán poseía, que no era más que un poder limitado. El poseedor de ese poder no podía ir más allá de lo que Dios

considerara oportuno permitir. Al vencer al hombre, Satanás se convirtió en el príncipe, o dios, de este mundo.

Y esto se prueba aún más claramente en Apoc. 11:14-18. El tercer ay viene sobre la tierra cuando suena la trompeta del séptimo ángel. Esta es la última de las trompetas, y cierra esta dispensación. Bajo esta trompeta se dice: «Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo.» (Apoc. 11:15). Estamos acostumbrados a reconocer el hecho escriturístico de que el Padre ha de otorgar el dominio, el reino, a su Hijo, Jesucristo. Pero este texto muestra que se convierten en los reinos de nuestro Señor, así como de su Cristo. De nuevo, los ancianos, adorando al que está sentado en el trono, dicen: «Te damos gracias, Señor Dios Todopoderoso, el que eres y que eras y que has de venir, porque has tomado tu gran poder, y has reinado.» (Apoc. 11:17). El siguiente versículo muestra que este es el momento en que ha llegado el tiempo de juzgar a los muertos y de dar recompensa a todos los siervos de Dios. ¿Qué poder, sino el que una vez fue conferido a Adán, podría el gran Dios tomar para sí mismo, y dar a su Cristo, justo antes del cierre de esta dispensación? ¿Cómo pueden los reinos de este mundo convertirse en los reinos de nuestro Señor y de su Cristo, excepto por la expulsión del gran usurpador por parte de nuestro Señor, y la recuperación para sí mismo del dominio de la tierra? Entonces Él lo confiere al segundo Adán, quien lo redime, quita la maldición y restaura al hombre a su propia herencia; en una palabra, recupera del enemigo todo lo que perdió el primer Adán.

En cuanto a la condición actual del mundo, Juan dice: «Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno.» (1 Juan 5:19). Sobre este texto, el Dr. Adam Clarke comenta lo siguiente:

> «Yace en el maligno, —está abrazado en los brazos del diablo, donde duerme profundamente, y carnalmente seguro, derivando su calor y poder de su infernal sustentador. ¡Qué estado tan verdaderamente terrible! ¿Y acaso las acciones, los temperamentos, las propensiones, las opiniones y las máximas de todos los hombres mundanos no prueban e ilustran esto? 'En esta breve expresión', dice el Sr. Wesley, 'el horrible estado del mundo está pintado con los colores más vivos, un comentario del cual tenemos en las acciones, conversaciones, contratos,

disputas y amistades de los hombres mundanos. Sí, sus acciones se oponen a la ley de Dios; su conversación es superficial, simulada y falsa; sus contratos son forzados, interesados y engañosos; sus disputas son pueriles, ridículas y feroces; y sus amistades son huecas, insinceras, caprichosas y volubles: —todo, todo es el efecto de su yacer en los brazos del maligno; porque así se llenan de su propio espíritu y porque son de su padre, por lo tanto, harán sus deseos.'»

Esta es una representación veraz del mundo en su conjunto. Los hijos de Dios en este mundo son tan pocos que solo forman una excepción a la regla general. No son del mundo, sino que son escogidos del mundo. De ellos dijo Jesús: «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo, por eso el mundo os aborrece.» (Juan 15:19). Esta es una prueba concluyente de que el mundo está ahora bajo el control de Satanás, sirviéndole. Si Dios gobernara en este mundo, ser hijo de Dios sería hacer lo que hace el mundo. Pero la verdad es que todo este mundo está en rebelión contra Dios, y está sirviendo a Satanás, el gran enemigo de Dios. De ahí que Santiago diga: «¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios.» (Santiago 4:4). Por un tiempo, Dios permite esto en Su longanimidad y misericordia; en Su longanimidad permite que los impíos llenen la copa de su iniquidad; en Su misericordia retrasa los juicios hasta que sus elegidos estén preparados para una entrada abundante en Su reino eterno.

Satanás logró su propósito cuando se acercó a la santa pareja en el Edén: destruyó su felicidad; arruinó a una multitud casi incontable de su posteridad; inculcó su propio espíritu en los corazones de sus hijos; extendió el crimen y el derramamiento de sangre por todas partes; y se ganó una posesión en la tierra. Pero no pudo prever que el Hijo de Dios, contra quien se había rebelado, daría incluso su vida para comprarlo todo para sí, y obraría un triunfo tan grande sobre el enemigo de toda justicia que haría que toda criatura del universo se regocijara en su destrucción. Cuando llegue ese día, que seamos de aquellos que se unan al triunfo del Cordero de Dios